

Informe

Luis Gutiérrez y Esteban Ríos

El movimiento armado en Guatemala

INTRODUCCIÓN

En el último periodo, la situación guatemalteca —caracterizada por un proceso de guerra revolucionaria similar en muchos aspectos a la que se desarrolla en El Salvador, aunque menos conocida— empieza a destacar como noticia. Estos hechos nos llevan a intentar abordar de forma resumida, algunos de los antecedentes y algunas de las principales lecciones.

Exponemos brevemente algunos datos sobre el surgimiento y desarrollo de la lucha armada guatemalteca, así como elementos para la comprensión de la derrota en 1966 y años siguientes. Luego anotamos algunos aspectos sobre el periodo de la reconstrucción y la situación por la que el movimiento revolucionario atraviesa hoy día.

Por ser la incorporación masiva de los indígenas quizás el aspecto más importante del actual proceso, reproducimos al final el artículo titulado “Los indios guerrilleros”, tomado del número 4 de *Compañero*, revista internacional del EGP.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Como es sabido, en Guatemala el desarrollo de la revolución democrático-burguesa se vio interrumpido en 1954 a través de la violencia ejercida por el imperialismo y por sus agentes de la oligarquía local. El núcleo político dirigente estaba constituido en aquel momento por cuatro partidos: el Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG) —que mejor representaba los intereses de la burguesía nacional—, el Partido de Acción Revolucionaria (PAR) —pequeña burguesía democrática—, el Partido de Renovación Nacional (PRN) —intelectualidad pequeñoburguesa— y el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) —comunista. Ninguno de estos partidos logró oponer la violencia popular a la agresión imperialista y reaccionaria. Subestimando la capacidad de lucha del pueblo e impresionados por la

aparente potencia de la maquinaria bélica del imperialismo, además de aquella del ejército (que consideraban de su parte, pero que en definitiva se alineó con el campo contrarrevolucionario, traicionándolos) estos partidos y el presidente Arbenz consideraron que la batalla estaba perdida y cedieron antes incluso de ser derrotados militarmente.

Es también conocida la represión que desataron las fuerzas del mal llamado Movimiento de Liberación Nacional (partido fascista dirigido en ese momento por Carlos Castillo Armas). Inicialmente, este partido encarceló, sólo en la capital de Guatemala, a trece mil hombres y mujeres por “comunistas”, arrasó así con los partidos, los sindicatos y las entidades culturales, y además ahogó en sangre la resistencia de los campesinos “agraristas”. La violencia reaccionaria se inició así.

A pesar de esa represión, vemos que la resistencia comienza a organizarse pronto. El Partido Guatemalteco del Trabajo se reorganiza clandestinamente y constituye y refuerza desde 1955 organismos legales que van a impulsar la lucha en todo ese periodo: la asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), la Federación Autónoma sindical de Guatemala (FASGUA), el periódico *El Estudiante*, el Comité por el regreso de los Exiliados, etcétera.

El 13 de noviembre de 1960 tuvo lugar el fracasado intento de sublevación de los jóvenes oficiales, de los sargentos y de la policía militar de la ciudad de Guatemala. Los rebeldes, no recibiendo el apoyo de las otras zonas militares del país implicadas en la rebelión, abandonaron la ciudad y se concentraron en la guarnición de Zacapa, que había sido conquistada desde adentro por algunos oficiales que comandaba el teniente Luis Trejo Esquirol (quien después sería uno de los jefes del Movimiento 13 de noviembre y más tarde guerrillero de las Fuerzas Armadas Rebeldes —FAR—, en las que combatió hasta su muerte en un enfrentamiento con el ejército en julio de 1967). Como es sabido, esta sublevación fue sofocada después de algunos días. En el periodo en que fueron dueños de la zona militar de Zacapa, los oficiales más patriotas (Alejandro de León, Marco Antonio Yon Sosa, Luis Turcios, Luis Trejo, Augusto Loarca, Rodolfo Chacón, Julio Bolaños San Juan) tuvieron manera de atestiguar en el pueblo, que llegó espontáneamente a pedir armas para combatir a su lado, una franca e inesperada disposición para la lucha que los hizo cambiar cualitativamente de pensamiento.

Es así como estos oficiales, después de haber huido a Honduras y El Salvador, regresaron clandestinamente a la patria, dieron a su organización el nombre de Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y comenzaron a buscar nuevos contactos con jefes y oficiales del ejército y con los partidos políticos de la oposición.

El PGT fue el partido con el cual los rebeldes del MR-13 lograron establecer los mejores contactos.

La influencia que el PGT tuvo sobre los principales cuadros del MR-13 fue de carácter ideológico. El MR-13 influyó, a su vez, radicalizando la decisión de lucha de los cuadros intermedios y de los activistas del partido, y volvió más ágiles sus métodos de trabajo.

En 1962 se produjo aquella que es conocida como la rebelión popular de marzo y abril contra el gobierno del general Idígoras; se llamó así porque provocó una crisis política que duró dos meses. Esta insurrección vio la aparición de todas las formas de lucha: manifestaciones, huelga general, destrucción de camiones, sabotajes, zonas liberadas en la capital, y también los fracasados intentos guerrilleros del destacamento 20 de Octubre y del grupo guerrillero introducido en Guatemala desde México, que fueron organizadas por el PGT con el objetivo estratégico erróneo de ejercer presión sobre los grupos políticos y militares que habrían discutido la sucesión de Idígoras.

Las acciones de marzo y abril dieron vida a dos corrientes que se manifestaron, indistintamente, en el seno de todas las formaciones revolucionarias y, como consecuencia, también dentro del PGT. Los elementos más radicales, avanzados y decididos reafirmaron la propia disponibilidad a la lucha, sosteniendo que las acciones violentas habían creado las condiciones para una oleada de rebelión masiva que no sólo había sacudido peligrosamente al gobierno, sino que había provocado confusión y temor hasta en el aparato represivo. Esta posición la sostenían sobre todo los militantes del MR-13, los sobrevivientes de los dos destacamentos guerrilleros organizados por iniciativa del PGT, grupos de obreros y artesanos de la ciudad de Guatemala —sobre todo aquellos pertenecientes a la pequeña industria—, fuertes sectores estudiantiles universitarios y la casi totalidad de los estudiantes de secundaria y preparatoria, la Juventud Comunista en bloque, los organismos de partido de los departamentos de Escuintla, Zacapa e Izabal y los cuadros de dirección a los cuales había sido confiado el trabajo militar. La otra corriente hacía hincapié sobre todo en los aspectos negativos, y en sus conclusiones había posiciones que oscilaban desde la exclusión de la violencia hasta la aceptación formal de ésta, a condición de que fuese estudiada y organizada con suficiente anticipación y, una vez realizada su preparación, se esperase una “coyuntura política adecuada”. Esta posición la sostenían los dirigentes pequeñoburgueses del PUR, sectores del pequeño y medio comercio, grupos políticos que simpatizaban con el expresidente Arévalo y que estaban interesados en no romper la legalidad constitucional, para que su jefe pudiese participar de nuevo en las elecciones presidenciales, y la mayoría de la dirección del Partido Comunista que, fundamentalmente, tenía dos cosas: “comprometer prematuramente” al partido en una lucha sangrienta, y enfrentarse frontalmente al creciente arevalismo, lo cual habría podido “aislarlo” de las masas.

En diciembre de 1962, por iniciativa de Yon Sosa, Turcios y Trejo, las tres figuras principales del MR-13, se constituyeron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), organización creada por la unidad del MR-13, el PGT y el Movimiento 12 de Abril, surgido en los días de la rebelión de marzo y abril.

Se crearon así tres frentes guerrilleros: Yo Sosa, con el grado de Comandante, jefe de la zona 1, correspondiente a Izabal; en la dirección de la zona 2, que se entendía entre los departamentos de Zacapa y Chiquimula, quedó Trejo. Turcios, también con el grado de Comandante y como segundo comandante general, fue nombrado jefe de la zona 3 situada en la Sierra de las Minas.

La dirección del PGT no había tomado la iniciativa de la formación de las FAR y no tenía ningún interés, fiel a su verdadera e inconfesada concepción de la guerra, que ésta se volviese la forma principal y generalizada de lucha, y por consiguiente obstaculizaba la incorporación en ella de su base.

Como es sabido, el coronel Peralta Azurdia realizó en 1963 un golpe de Estado que derrocó a Idígoras Fuentes, expulsó a Arévalo de Guatemala y estableció un régimen de despotismo militar.

En medio de la represión que se desencadenó inmediatamente después, Turcios y sus compañeros (en su mayoría militantes del PGT) organizaron un destacamento y llevaron a cabo aquellas medidas mínimas que permitieron a la zona 3 acoger a la guerrilla, que tomó el nombre de Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI).

La confusión que se produjo en las FAR por la falta de una estrategia consecuente en la dirección del PGT hizo que Yon Sosa se apoyase en cuadros posadistas que hicieron su aparición criticando los errores y las debilidades del PGT. Por medio del primer número de *Revolución Socialista*, los posadistas presentaron la lucha guerrillera como “militarista, burocrática y formal” y plantearon de hecho el problema de la disolución de las FAR y la ruptura de la alianza con el PGT.

Este programa unilateral, así como las iniciativas fraccionalistas de los posadistas, hicieron que el FGEI sintiera la necesidad de un atento análisis de la situación y de una discusión sobre algunos problemas relativos a aspectos programáticos. Es así como la guerrilla escribe la *Carta del FGEI al PGT y al MR-13*; en donde se analizaron los errores de ambas organizaciones y se definen las contradicciones como internas al campo revolucionario, y por tanto destinadas a resolverse buscando una nueva base unitaria; con este fin se propone un esbozo de estructura organizativa, un objetivo estratégico y un esbozo de estrategia militar.

Las discusiones que se produjeron con la presentación de la *Carta* llevaron a la salida del MR-13 de las FAR, por haberse opuesto Yon Sosa a la salida de los posadistas del movimiento, y a la constitución del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria (CPDR), con la participación del FGEI, del PGT,

de la JPT (Juventud Comunista) y de los representantes de algunas zonas de resistencia que actuaban autónomamente. Este organismo se concibió con el objetivo de dar al movimiento revolucionario en armas un mando único y centralizado y una línea revolucionaria.

La lucha guerrillera se desarrolló en Guatemala hasta 1966. Cuando, por influencia de la dirección del PGT, las FAR apoyaron la candidatura a la presidencia de Julio César Méndez Montenegro (con los votos contrarios de Luis Turcios, César Montes y Néstor Valle), considerando que éste “podría mantener una actitud digna” frente a las presiones del ejército. La realidad fue que Méndez Montenegro, una vez en el poder, preparó de inmediato la ofensiva contraguerrillera, que encontró a la guerrilla impreparada, militarmente desorganizada (la muerte, en un accidente de automóvil, de Luis Turcios influyó mucho también en esta situación) y políticamente dividida. Se inicia así una fase terrible para las fuerzas revolucionarias y para el pueblo de Guatemala, periodo de gran represión (aparecen las organizaciones paramilitares de derecha como la Mano Blanca, la Noa, etcétera) y de grandes golpes contra el movimiento guerrillero.

RECONSTRUCCIÓN Y GUERRA POPULAR

En los meses finales de 1966 se inició el proceso de derrota del movimiento revolucionario guatemalteco en su forma armada y se extendió al grupo de los sectores democráticos y populares. Es sólo en los inicios de los años setenta que el conjunto del movimiento revolucionario y democrático logra recuperarse y retomar la iniciativa, planteando la situación que en la actualidad observamos.

Las elecciones de 1966 y la errónea política seguida son la clave que permite explicar el inicio de la derrota. A partir de esa coyuntura, la izquierda sufrió serios golpes y perdió la iniciativa en todos los terrenos. A continuación las pérdidas en cuadros y recursos corresponden a la evolución lógica de la toma de iniciativa por parte del enemigo. Los combates que se producen durante los años 1967, 1968 y 1969 son en su mayoría de carácter defensivo, débiles intentos por retomar en alguna parte la iniciativa perdida, pero que no alteran en nada la consumación de la derrota.

Aquí es necesario hacer algunas aclaraciones sobre el contenido de la derrota y las formas que ésta revistió.

Los golpes que durante estos años recibió el movimiento revolucionario guatemalteco constituyen el resultado de una suma de errores de orden ideológico, político y militar. Sin embargo, los errores, de los cuales podríamos hacer una enorme lista, no pusieron en tela de juicio la vía estratégica de la

revolución, es decir, la lucha armada y el método de la guerra de guerrillas. Por otra parte, la derrota de la izquierda no dio como resultado una total dispersión de sus efectivos, o un cambio de perspectiva buscando soluciones en el campo del reformismo. Lo que siguió fueron procesos de reagrupamiento, de reflexión crítica, para continuar con un proceso que se consideró siempre como solamente interrumpido. Es decir que en Guatemala, a diferencia de países como Perú o Venezuela, la derrota de la izquierda y de las formas tácticas impulsadas por ésta, no permitió a las clases dominantes superar la etapa del terror contrainsurgente y pasar luego a implementar formas distintas de desarrollo, o modelos de corte reformista en el plano político, que hicieran inviables las formas de lucha y la estrategia propuesta, por lo menos durante un periodo más o menos largo de tiempo.

Podríamos decir por ello que desde el inicio de la guerra revolucionaria en los años sesenta, las clases dominantes no han logrado más que un momento de respiro. En sentido estratégico, no han podido “derrotar” los planteamientos de la izquierda revolucionaria ni, mucho menos, las causas que están en la base de éstos.

Sin embargo, los años señalados fueron muy difíciles para la izquierda y para la población en general, y en momentos se llegó a temer una derrota con alcances mayores, al estilo de algunos países sudamericanos. Los resultados concretos entre la población y dentro de la organización revolucionaria tuvieron costos muy altos. En el primer caso, el terror indiscriminado a que se dedicaron las bandas de asesinos que el ejército, las clases dominantes y sus aliados imperialistas soltaron como bestias cebadas en contra de la población, arrojó como saldo miles de muertes. En lo que toca a las organizaciones revolucionarias, éstas se vieron reducidas de organizaciones nacionales a pequeños grupos locales, muchas veces sin contacto entre sí a lo que hay que agregar la pérdida de decenas y quizás centenas de cuadros políticos y militares experimentados.

Este periodo de reflujo del movimiento popular y revolucionario se complementó con la institucionalización del terror contrainsurgente que, de instrumento en la lucha antsubversiva, se transformó en el eje del modelo político que con pequeñas variantes se inició en 1966 y se consolidó en 1970, con la llegada al poder de Arana Osorio, a quien se consideraba el militar que había derrotado la guerrilla

Con este cuadro como pasivo y en una coyuntura internacional adversa, los revolucionarios guatemaltecos iniciaron la reconstrucción.

Ya en los años 1971-72 se producen los primeros conflictos sociales abiertos y en 1973 se reinicia el

movimiento de masas, abriendo una brecha en el terror impuesto por las clases dominantes y el ejército.

Al mismo tiempo, las organizaciones, respuestas en lo fundamental de los efectos de la derrota, que en los niveles más profundos adquirió la forma de una dura confrontación ideológica interna, de divisiones y de reagrupamientos, acentuaron el proceso de reconstrucción orgánica interna y de revinculación con los sectores populares. La recomposición de las organizaciones como las FAR y el PGT avanzaba, mientras los embriones del EGP y la ORPA afinaban sus instrumentos políticos y militares para reiniciar la guerra popular en el país.

A continuación tuvo lugar un proceso de ascenso gradual en los diferentes terrenos de lucha y en los distintos sectores. El desarrollo de las organizaciones de masa y de los núcleos armados del movimiento tuvo un desarrollo que podríamos llamar paralelo. Lo más importante sin embargo, fue la interacción y la influencia mutua entre estos dos componentes. El movimiento popular y democrático, abría brechas importantes, aglutinaba y organizaba; por su parte, las organizaciones revolucionarias armadas profundizaban el desarrollo de sus fuerzas. Se había producido una especie de división del trabajo, de manera natural y sin programas preestablecidos. Al mismo tiempo, la dinámica propia de los dos sectores y su desarrollo echaban las bases para una convergencia multifacético cuyas expresiones podemos medir actualmente.

Por una parte, las organizaciones revolucionarias armadas asumieron como propias (rectificando las posiciones defendidas en la década anterior) las principales reivindicaciones del movimiento de masas, estimulándolo y contribuyendo a su organización; por otra parte, el movimiento de masas y democrático adoptó en lo fundamental la idea del inevitable enfrentamiento violento, incorporando posteriormente la concepción de la autodefensa como forma de lucha y clandestinidad como método de organización. Ahora, esa convergencia se expresa alrededor de la principal consigna que impulsan los dos componentes del movimiento revolucionario guatemalteco: luchar por la instalación de un Gobierno Revolucionario Popular y Democrático.

Sin embargo, como el proceso de derrota y reconstrucción del movimiento revolucionario y democrático guatemalteco se prolongó por varios años, y durante los mismos los fenómenos políticos y sociales fueron intensos y variados a nivel de movilización, organización y lucha, trataremos de señalar los momentos más destacados de este complejo desarrollo. Y, únicamente para facilitar la comprensión del mismo, haremos una división entre sus dos componentes principales: el movimiento de masas y las organizaciones revolucionarias. Por supuesto, en el entendido de que constituyen partes inseparables, aun cuando presenten dinámicas peculiares.

EL MOVIMIENTO DE MASAS

Para no narrar todas las peripecias de la reconstrucción del movimiento de masas, señalaremos solamente que, aparte de las consecuencias prácticas de la derrota que retardaron su recomposición, existen factores nuevos que en la década de los setenta contribuyen a darle una perspectiva diferente y mayor influencia, especialmente en las áreas urbanas, pues en el campo las formas de lucha de masas son relativamente más recientes, aun cuando en el plano estratégico sean decisivas.

Destaca en primer lugar el crecimiento numérico de la clase obrera resultado del proceso de industrialización que tiene lugar a partir de los años sesenta en el marco del proyecto de integración centroamericana; esto va aparejado con el empobrecimiento notorio de las clases medias bajas, especialmente del artesanado, y el aumento sensible de las áreas “marginales”. Este último fenómeno conoce una expansión brutal luego del terremoto de 1976, que dejó sin vivienda a decenas de miles de personas y provocó la afluencia masiva de las áreas suburbanas a la capital. Esta confluencia de factores se encuentra en la base de las luchas libradas en los años recientes.

Por supuesto que la suma mecánica de estos elementos no explica el auge de la lucha de masas en los últimos años; participa de este proceso, en primera línea, la decisión de la vanguardia revolucionaria que, como señalamos, ha sabido integrar en todos los terrenos de su actividad y orientación una amplia concepción de la lucha de masas, dentro del marco de la guerra popular revolucionaria.

Las primeras manifestaciones abiertas del movimiento de masas se producen durante el gobierno de Arana Osorio. Así podemos mencionar la huelga de CIDASA y la huelga magisterial a nivel nacional, que rompió de paso la idea que existía sobre la imposibilidad de cualquier forma de movilización bajo tal régimen. A continuación, el movimiento popular y democrático ganó las calles y se fortaleció. En los años siguientes, los conflictos se multiplicaron y las organizaciones obreras, campesinas y de otros sectores crecieron.

Los momentos centrales del desarrollo alcanzado por el movimiento de masas se sitúan en los años 1975-80. La huelga de los trabajadores de la Coca-Cola, en 1976, evidenció el grado de madurez alcanzado por el movimiento sindical y dio paso a la constitución del CNUS (Consejo Nacional de Unidad Sindical). Es significativo recordar que el CNUS toma su nombre de una organización similar que había existido en 1946, es decir, durante el periodo de la revolución demo-burguesa, en una

muestra más del fenómeno de continuidad histórica que se observa en el movimiento revolucionario y popular guatemalteco. El CNUS se convirtió rápidamente en la organización unitaria de la clase trabajadora y desde su fundación se encuentra en el origen y en la dirección de incontables luchas.

La marcha de los mineros de Ixtahuacán, en noviembre de 1977, que recorrió más de trescientos kilómetros, culminó con una concentración en la capital donde participaron más de cien mil personas. En su recorrido, despertó una verdadera ola de solidaridad y prácticamente en cada pueblo fue recibida con fiestas populares espontáneas. Esta marcha constituye uno de los momentos claves en el desarrollo del movimiento popular y una expresión concreta de las formas que puede adquirir en el país la alianza obrero-campesina, si se toma en cuenta que su recorrido atravesó una de las zonas agrarias más explotadas, que en la actualidad es escenario de fuertes combates armados.

En 1978, se funda el CUC (Comité Unidad Campesina), que se convierte en la primera organización campesina con carácter nacional después de la contrarrevolución de 1954. (A nivel obrero ocurre lo mismo con el CNUS.) La importancia alcanzada por el CUC se puede apreciar si señalamos que fue esta organización la que dirigió a unos 75 mil cañeros en la mayor huelga de trabajadores rurales que ha tenido lugar en el país después de la contrarrevolución de 1954. Esto ocurrió en febrero de 1980, apenas dos años después de su fundación y solamente quince días después de la masacre en la embajada de España, cuando las dudas sobre la capacidad de respuesta del movimiento de masas se hacían sentir con fuerza.

En 1979 se funda el FDCR (Frente Democrático Contra la Represión). El CNUS, es una muestra más de la madurez alcanzada, fue el autor de la convocatoria para la constitución del FDCR. En la constitución del FDCR participaron, además del CNUS y el CUC, el resto de organizaciones populares y democráticas, estudiantiles y pobladores, cristianos y artistas, y dos partidos socialdemócratas.

Finalmente, en el desarrollo del movimiento de masas, surge este año el FP31 de Enero (Frente Patriótico 31 de Enero), que se define como una organización revolucionaria de masas. Trabaja en la clandestinidad y desarrolla la autodefensa armada como medio de expresión. Desde nuestro punto de vista, expresa lo más avanzado del actual movimiento de masas en el país. Participan en el FP31 varias organizaciones que representan a diversos sectores de las clases populares en particular los Núcleos de Obreros Revolucionarios (NOR) y el CUC, que actualmente es la organización de masas más importante del país.

Señalemos para concluir que la autodefensa y las formas clandestinas de organización constituye en la actualidad la perspectiva de la mayoría del movimiento de masas guatemalteco, lo que explica que

las formas de trabajo abierto y demás formas tradicionales de lucha de masas no se hagan presentes en la actual coyuntura.

LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

La experiencia acumulada en los años anteriores, sirvió como principal referencia a las organizaciones de la izquierda para desarrollar su trabajo de reconstitución y de reinserción en las masas guatemaltecas.

En temprana fecha de los años setenta, el EGP introdujo al país desde México el primer destacamento guerrillero para el reinicio de la guerra popular. Posteriormente, un duro trabajo clandestino sentó las bases de una organización con estructura nacional y fuerza militar que se manifiesta actualmente en cinco o más frentes guerrilleros que combaten a las fuerzas del régimen casi cotidianamente. Más o menos en las mismas fechas del ingreso del destacamento del EGP, la ORPA consolidaba dentro del país los embriones de su actual organización. En este caso, fueron necesarios ocho o nueve años de paciente trabajo clandestino antes de hacer pública su existencia, lo que hicieron con una serie de combates y tomas de aldeas y poblaciones a mediados de 1979.

Las FAR, por su parte, lograron reconstituirse dando aún de forma esporádica algunos combates que, si bien nunca llegaron a modificar la correlación de fuerzas, sí mantuvieron encendida la llama de la guerra revolucionaria. Tal es su mérito histórico. En este proceso mantuvieron a ratos una política pendular, pero en definitiva retomaron sus vínculos con las masas populares y reconstituyeron sus fuerzas, hasta llegar a los planteamientos y la práctica que llevan a cabo actualmente.

En cuanto al PGT (comunista), continuó durante años sufriendo las consecuencias de sus errores políticos (entre otros la política electoral de 1966). Sin embargo, ya en 1969 realizó su IV Congreso, en el que se reafirmó la estrategia de la guerra revolucionaria. Pero sus constantes oscilaciones impidieron que se llevaran a cabo las resoluciones a favor de la lucha armada, y esto dio como resultado en años recientes (1978-79) una ruptura que lo dividió en dos alas. Una de éstas, el PGT-Núcleo de Conducción y Dirección, tiene como eje de su política las tesis del IV Congreso e impulsa la lucha armada, mientras la otra tendencia, el PGT-Tradicional, vive actualmente en medio de profundas contradicciones.

Por no corresponder a los objetivos de este trabajo, no exponemos con profundidad los planteamientos de las organizaciones revolucionarias, así como las alzas y bajas, y algunas crisis en su desarrollo reciente. Por lo demás, esto corresponde a las propias organizaciones.

Anotemos por último que las cuatro organizaciones que impulsan la lucha armada en Guatemala, han logrado la generalización de la guerra de guerrillas en diecinueve de los veintidós departamentos del país; los combates se multiplican, ganando día a día en intensidad. De acuerdo con fuentes militares no oficiales, el ejército guatemalteco habría sufrido, en los primeros seis meses del año, unas mil bajas. Esto no incluye las bajas en otros cuerpos policiales y paramilitares, así como tampoco incluye un dato que es muy difícil de calcular, esto es, la acción de propaganda armada y toma de pueblos, los actos de sabotaje y hostigamiento, y otras formas de resistencia popular que en la actualidad se multiplican.

Podemos firmar, entonces, que la izquierda guatemalteca se apresta a iniciar las formas superiores de la guerra popular.

Es importante destacar, por otra parte, que las cuatro organizaciones que impulsan la guerra hoy día se encuentran inmersas en un proceso de discusión que trataría de encontrar formas concretas para la unidad de la izquierda. Es evidente que la distinta experiencia de las cuatro organizaciones, así como las diferencias objetivas que existen en cuanto a planteamientos, dificultan la consecución de tal proyecto. Por nuestra parte pensamos que el logro de la unidad de las fuerzas revolucionarias dará un impulso decisivo a la lucha por la liberación del pueblo guatemalteco.

LA REVOLUCIÓN SANDINISTA

Además del estímulo natural que un proceso victorioso genera en otros en desarrollo, la victoria nicaragüense contribuye de manera especial a profundizar la crisis revolucionaria que sacude al conjunto de la América Central y en particular a El Salvador y Guatemala. En Guatemala, los revolucionarios se encuentran, luego del triunfo sandinista, con una correlación regional favorable, fenómeno que no se daba desde mediados de los años sesenta. Pero han también factores más concretos que se mueven en dirección favorable a los revolucionarios; luego de la victoria sandinista, el sistema militar centroamericano sufrió una pérdida profunda y una dislocación definitiva, que se agrega a la crisis y desintegración del proyecto integracionista. Todo esto genera, entre otras cosas, dificultades crecientes para los sectores burgueses industriales de la región.

Por lo demás, la revolución sandinista puso de nuevo a la orden del día la posibilidad de victoria y la validez de la lucha armada revolucionaria. Estos elementos se conjugan con el desarrollo que ya había adquirido la izquierda guatemalteca, reafirmando de paso su confianza en las posibilidades de éxito.

Así pues, el actual desarrollo de la revolución guatemalteca, producto de años de paciente trabajo,

de éxitos y derrotas, de avances y retrocesos, se beneficia de la coyuntura abierta por los sandinistas en la América Central.

CONCLUSIONES

En las páginas anteriores hemos intentado demostrar la existencia de un proceso revolucionario que no ha perdido su continuidad histórica, sino que, al contrario, se nutre de ella.

No olvidemos, por otra parte, que la revolución guatemalteca es parte integrante del proceso de la revolución centroamericana y que sus avances o retrocesos están íntimamente vinculados a los avances o retrocesos de los otros países de la región.

Los factores apuntados sitúan al proceso revolucionario guatemalteco en una coyuntura favorable; sin embargo, el endurecimiento de la política norteamericana inspirada por Ronald Reagan, y una eventual invasión militar en la región, hacen pensar en una vietnamización de Centroamérica, lo que modificaría y haría más complejos los términos de la actual coyuntura.

APÉNDICE

Los indios guerrilleros

En vez de tratar nosotros el problema indígena en Guatemala, reproducimos aquí el artículo “Los indios guerrilleros” publicado en el número 4 de la revista internacional del Ejército Guerrillero de los Pobres, Compañero, por considerar que es la voz de la guerrilla guatemalteca la que mejor puede expresar lo que está sucediendo con este problema nacional tan vital para el futuro de la revolución guatemalteca.

Hace más de medio siglo que Guatemala ejerce una fuerte atracción sobre diversos tipos de visitantes extranjeros; estudiosos, artistas, turistas y empresarios. Los arqueólogos, etnólogos y lingüistas han encontrado en nuestro país antiguas ciudades mayas, microsociedades con rasgos culturales precolombinos, un laboratorio viviente de lenguas mayenses. Los artistas se han deleitado en los coloridos mercados de altiplano ante la singular belleza de los tejidos y otras artesanías. El turista, desprevenido, ha encontrado distracción y descanso en medio del color local indígena, sin percatarse de

lo que disimula ese gran montaje de las empresas turísticas. Muchos jóvenes, creyendo encontrar entre los indígenas un paraíso de sencillez y silencio, se han asentado en pueblos y aldeas. Los hombres de negocios, más pragmáticos, han detectado condiciones favorables a la inversión, la inversión turística entre otras. Estos visitantes han llevado de regreso a sus respectivos países conocimientos, inspiración y proyectos. El turista salió con anécdotas y regalos, sin darse cuenta de la gran estafa: las agencias de viaje le dieron un producto adulterado, una visión distorsionada del componente indígena de Guatemala. En los últimos años, sin embargo, los viajeros más perspicaces han retornado a sus países con múltiples interrogantes y serias preocupaciones acerca de la población indígena de Guatemala, sus condiciones de vida, su papel, su futuro. Últimamente, los hoteles de Guatemala, Antigua, Panajachel, Huehuetenango se han ido vaciando de turistas; los arqueólogos y otros estudiosos extranjeros se han ido retirando; los hombres de negocios han dejado de invertir sus capitales en el país; los jóvenes soñadores de paz se han ido enterando del estado de guerra que sacude el campo.

Hace exactamente un año, la prensa del mundo entero daba a conocer en primera plana la horrenda masacre de 36 personas en la Embajada de España, en Guatemala, transformada en hoguera por las fuerzas represivas del gobierno del general Lucas García. De esas 36 personas asesinadas, 27 habían tomado pacíficamente la embajada como último recurso para denunciar ante el mundo civilizado la represión genocida que practica el ejército en el noroeste del país. Entre ellas estaban 23 indígenas de los grupos quiché, ixil, achi y cakchiquel, campesinos de las regiones arrasadas por los soldados. En mayo de 1978, en Panzós, pueblo cercano a los yacimientos de níquel explotados por la Internacional Níquel Company —Inco, corporación multinacional con sede en el Canadá— más de cien indígenas kekchies fueron igualmente masacrados por el ejército en la plaza pública cuando protestaban por el robo de sus tierras, de las cuales son expulsadas cada día más familias campesinas de esa zona. Estos dos hechos recientes constituyeron solamente dos ejemplos, los más ampliamente difundidos, de las luchas ya incontenibles de los indios guatemaltecos y de la respuesta criminal del gobierno a cualquier expresión de descontento. Pero poco se ha dicho de los paros y huelgas de los obreros agrícolas y cortadores de caña, café y algodón —en su mayoría indígenas— que al lado de trabajadores no indígenas reclamaban sus derechos, se organizan, se movilizan para luchar. Así como es poco lo que se sabe en el exterior de las tomas de poblados y fincas por fuerzas guerrilleras de indígenas en armas que transmiten en lenguas quiché, ixil, mam, kanjobal y otras las ideas de la revolución guatemalteca; de los combates que guerrilleros indígenas libran constantemente, en todas partes del país contra tropas del gobierno.

¿Qué ha ocurrido, qué está ocurriendo? ¿Cómo explicarse el contraste entre la imagen falsamente normal de un día de mercado en la plaza de Chichicasengo o cualquier otro pueblo del altiplano y la de miles de cañeros —migratorios de los altos en su mayoría— reunidos en un cruce de caminos de la costa sur, machete en mano, un salario justo? ¿Qué ha ido transformando al callado sembrador de maíz de las provincias de El Quiché y San Marcos en un decidido combatiente guerrillero? ¿Qué ha hecho que las manos de la quieta tejedora ixil, mam o kanjobal puedan empuñar las armas y usarlas contra sus opresores?

Las minorías que son la mayoría

De los siete millones de habitantes de Guatemala, cuatro millones son indígenas, descendientes de los pueblos que habitaban el territorio guatemalteco en el momento de la conquista, a su vez descendientes del gran tronco maya-quiché. En 1524 esos pueblos, de los cuales eran los más numerosos los Quichés, los Mames, los Cakchiqueles y los Kekchies, constituían nacionalidades emparentadas genealógicamente, cuyas lenguas y costumbres se habían diferenciado en mayor o menor grado, y que se disputaban entre sí territorio y hegemonía. Estaban en un proceso de cambio y conflictos generalizados. Los pueblos maya-quichés eran grupos social y políticamente bien estructurados, conocedores de la agricultura, la arquitectura, la astronomía; muestra de lo cual es el calendario maya que utilizaban. Tenían variadas y complejas formas de expresión cultural, desarrolladas en torno a la cultura del maíz.

La victoria militar de los españoles sobre ellos fue seguida por el despojo de sus tierras, la sujeción de la población a leyes e instituciones que le redujeron a la servidumbre, la imposición religiosa y cultural. La dominación española fue total: militar, económica, política e ideológica. Los pueblos maya-quiché fueron completamente subyugados. En un principio fueron sometidos a la esclavitud y hubo una drástica disminución de la población nativa. Luego, fueron repartidos entre los conquistadores juntamente con los terrenos y el derecho de usufructuar no sólo el producto de la tierra y las minas, sino también el trabajo de los hombres, mujeres y niños. Se les impuso la tributación en múltiples formas.

Durante los trescientos años del periodo colonial los españoles impusieron medidas de control y segregación que aumentaron la fragmentación de la población indígena, ya dividida en grupos étnicos diferentes con sus lenguas y costumbres propias. Agruparon a los indios en pequeñas comunidades, los

llamados “pueblos indios”, y los obligaron a los habitantes de cada comunidad a usar un traje distintivo. Es decir que fraccionaron también a los grupos étnicos en pequeñas concentraciones. Los indios fueron convenientemente relegados a esos reductos y obligados a trabajar en las propiedades de los conquistadores, según las necesidades de mano de obra. Así, con el trabajo forzado de los indígenas, se edificaron las ciudades y se construyeron caminos, puentes y acueductos. Sobre la base de este sistema de opresión y explotación, y por la necesidad de justificarlo, se desarrolló la ideología que hizo ver en los indios a seres humanos inferiores, llenos de defectos e incapaces de gobernarse por sí mismos, seres que no podían tener los mismos derechos que los conquistadores. El fin del régimen colonial español, la independencia de Guatemala lograda en 1821, no significó ningún cambio para los indígenas, que siguieron siendo oprimidos, explotados y discriminados.

El proceso de acaparamiento de grandes concentraciones —latifundios— de las mejores tierras y su concentración en manos de pocos propietarios se aceleró con el crecimiento de las empresas agrícolas capitalistas que surgieron a partir de la revolución liberal de 1871. Durante mucho tiempo los campesinos indígenas del altiplano, donde había todavía grandes reservas de tierra, fueron obligados por la ley a bajar a las costas a cortar café. A medida que fue escaseando la tierra por el despojo, el agotamiento del suelo y la multiplicación de la población indígena, las parcelas cada vez más exiguas se hicieron insuficientes para asegurar el sustento de sus familias. La pobreza y la necesidad remplazaron a las leyes y forzaron a su vez a los indígenas a buscar empleo temporal en los cafetales. Muchas comunidades se resistieron y, para evitar bajar a las fincas, empezaron a abrir nuevas tierras en regiones boscosas más retiradas o en cualquier lugar utilizable, inclusive en escarpadas laderas. A medida que se fueron agotando las tierras disponibles y fueron creciendo las necesidades de la población indígena empobrecida, las familias enteras, con mujeres e hijos, terminaron yendo también a las plantaciones.

Desde entonces los campesinos pobres, minifundistas, no tienen otra salida para sobrevivir que emigrar por temporadas a las costas. Esto es lo que constituye un aspecto de la necesaria relación entre latifundio y minifundio, siendo el otro aspecto la necesidad de los finqueros de contar con esa fuerza de trabajo y a conveniencia que representa su pobreza. El sistema que requiere la contratación de mano de obra adicional en épocas de cosecha aumentó la movilidad de los indios que fueron obligados a trabajar periódicamente a las costas. Esto, unido al desarrollo de la actividad comercial, multiplicó los contactos entre las distintas comunidades y los distintos grupos étnicos, lo que a su vez favoreció un mayor acercamiento entre ellos en tanto que indígenas. En este proceso de transformación capitalista los

campesinos indígenas se han vuelto asalariados parte del año, semiproletarios. El semiproletario rural que va en aumento cada año se calcula en por lo menos 650 mil familias indígenas. Constituye la fuerza de trabajo fundamental de la agroexportación, el factor primordial de la economía del país.

La situación actual de los indígenas

Al volverse obreros agrícolas los indígenas van conociendo un nuevo tipo de vida. Van conociendo la explotación, que es diferente de la pobreza que sufren en el altiplano. Por primera vez trabajan para otro, el finquero, el patrón, por un pago que es siempre insuficiente. Al mismo tiempo, están allí a la vista las buenas casas de los finqueros —que tienen otra residencia en la ciudad pues no viven en la finca—; allí se ven lujosos carros, las avionetas, las máquinas. Los indígenas descubren que el dinero que reciben a cambio de su trabajo no alcanza para comprar bienes necesarios a la sobrevivencia, en la finca misma donde es insuficiente la ración de alimentos y en el pueblo más tarde. Mucho menos alcanza para pagar las deudas acumuladas por la compra de medicinas, fertilizantes y semillas. Ven cómo su trabajo asalariado va acompañado de malos tratos, engaños y abusos en la asignación de las tareas y en el peso del producto cosechado. Padecen la vigilancia constante y la violencia de los cuerpos represivos patronales y gubernamentales. Sedian cuenta que la explotación la sufren por igual los ladinos pobres que, igualmente desprovistos de tierra, trabajan de jornaleros en las mismas fincas. Se altera su visión de mundo, de sí mismos y de los otros al incorporar a su vida una serie de elementos antes desconocidos e interpretados de otra manera. Aun su noción del tiempo y su uso del mismo tiene que modificarse, pues las largas horas dedicadas al trabajo asalariado dejan poco tiempo para los ritos religiosos y las labores artesanales. Por otra parte, la artesanía tiende a ser enmarcada también en relaciones capitalistas, constituyéndose en trabajo a domicilio dependiente del capital comercial, local, nacional e incluso transnacional.

En los mismos pueblos se da también un proceso de proletarización. Miles de indígenas de las provincias vecinas a la capital, necesitados de ingresos monetarios por carecer de tierra, se trasladan diaria o esporádicamente a la ciudad para buscar trabajo en oficios de servidumbre, los unos por un salario fijo, los otros por contratación temporal. La mayoría de ellos no deja por completo la vida campesina pues regresan regularmente a su comunidad, en donde algunos miembros de la familia siguen cultivando una parcela de tierra propia o arrendada.

El proceso de proletarización del indígena es un proceso violento, lleno de rupturas y sufrimientos.

Es doblemente penoso para los indios porque va acompañado de la discriminación. De hecho, muchos de ellos van tomando por primera vez conciencia de la discriminación individual y colectiva. La exploración, al mismo tiempo que acerca a los grupos étnicos indígenas entre sí en tanto que indígenas, los va acercando a los trabajadores ladinos en tanto trabajadores.

La opresión étnico-cultural

Las diferencias étnico-culturales que sedan entre los indios y ladinos en Guatemala no responden a fronteras de tipo propiamente racial, pues hay sangre india en las venas de la mayoría de la población guatemalteca.

En Guatemala se da el nombre de “ladino” a los descendientes de los mestizos de la época colonial, o sea a los hijos de las uniones entre españoles e indígenas. Los mestizos en esa época fueron también discriminados por los españoles y sus descendientes criollos, o sea los hijos de españoles nacidos en América. La diferencia entre indios y ladinos consiste en gran parte en una opción cultural. Es indio quien habla, viste y vive a la manera tradicionalmente indígena y aquel que, aunque no vista ni viva del todo como indígena, se considera a sí mismo como tal. Es ladino todo aquel que habla castellano, viste y vive a la manera occidental, aunque sea biológicamente producto de un mestizaje. Con el tiempo la discriminación hacia los indígenas se volvió parte de la ideología de los ladinos. La cultura indígena pasó a ser una cultura subordinada, negada, despreciada, aun por los ladinos pobres y oprimidos.

La contradicción étnico-cultural tuvo su origen en una relación de dominación entre conquistadores españoles e indios americanos y fue luego reforzada por el mecanismo ideológico de la discriminación que utilizaron los conquistadores para poder oprimir a los indios. Hoy el contenido racista de la contradicción se ha atenuado forzosamente a consecuencia de la magnitud del mestizaje. Sin embargo, persiste una contradicción étnico-cultural, resultado de esos antiguos mecanismos ideológicos, aunque se hayan modificado los términos de la dominación. Por otra parte, la frontera étnica entre indios y ladinos ya no se corresponde con la estructura clasista de la sociedad actual. A pesar de ello, el sistema actual saca provecho de la opresión cultural y de la discriminación desarrolladas en épocas precapitalistas.

La cultura de los pueblos indígenas de hoy es producto de cuatrocientos años de un modo de vida centrado en la economía campesina comunitaria del cultivo del maíz y de la interacción con el mundo español primero, ladino después, que incorpora en un sincretismo particular elementos de la cultura

occidental, en particular de la religión cristiana. Hay diferencias de riqueza y vigor entre las culturas de los diferentes grupos étnicos. El sentido de identidad ligado en un principio al grupo étnico —la nacionalidad conquistada: quiché, cakchiquel, mam o tzutuhil— tuvo más tarde su eje en la comunidad más reducida —el pueblo de indios” de la Colonia: Chichicastenango, Nahualá, Patzún. La vida capitalista rompe ahora las barreras locales entre comunidades y da lugar al desarrollo de una solidaridad, identificación y afirmación de su calidad como “indios” en general, sin por ello vulnerar la identidad propia de cada grupo.

El tránsito impuesto por el sistema capitalista a los grupos indígenas, de una economía y modo de vida campesinos a la venta de su fuerza de trabajo a cambio de un salario en empresas agrícolas o industriales, además de la incorporación cada vez mayor a su cultura de modos de vida y costumbres de los ladinos, no deja a los indígenas ninguna perspectiva. Irá creciendo su miseria, acompañada de la pérdida de su cultura como resultado de la pérdida de la tierra y de la destrucción de la vida comunitaria. Y, sumado a todo eso, la perpetuación de la discriminación. La Guerra Popular Revolucionaria y la afirmación étnica de los indígenas en el proceso de la misma ofrece hoy una única alternativa y solución futura a la complejidad étnico-cultural de nuestro país.

Los indígenas en la Guerra Popular Revolucionaria

Conocido de todos es el proceso de transformación revolucionaria que caracteriza a la región centroamericana desde hace años. La revolución popular sandinista en Nicaragua es una conquista irreversible. El pueblo salvadoreño libra una guerra abierta que va llegando a sus momentos decisivos. En honduras, las organizaciones populares hacen oír su voz cada vez más vigorosa. El pueblo panameño está decidido a exigir el cumplimiento de los Tratados del Canal y a librarse de la presencia norteamericana en medio de su territorio. El pueblo costarricense, en medio de una crisis económica aguda, vincula sus propias luchas a las de sus vecinos y se hace solidario de las mismas. En Guatemala está en marcha una Guerra Popular Revolucionaria que no se detendrá hasta derrocar el poder a los enemigos del pueblo trabajador y sentar las bases de una sociedad más justa.

En medio de este proceso revolucionario constante y ascendente, una particularidad distingue a Guatemala de los demás países centroamericanos. En nuestro país, no habrá revolución sin la incorporación de la población indígena a la guerra y sin su integración de pleno derecho a la nueva sociedad, que los indígenas deben contribuir a edificar. Los más de veinte grupos indígenas

guatemaltecos constituyen en conjunto la mayoría de la población. Pero además los indígenas constituyen el factor fundamental en la producción agrícola exportable (café, caña de azúcar, algodón) y en la producción de alimentos. Son el grueso del semiproletariado rural. Su papel de productores de riqueza confiere a los indígenas fuerza y derecho: una fuerza para la guerra, un derecho insoslayable a participar en la construcción y la dirección de la nueva sociedad.

En Guatemala los trabajadores indios y ladinos están juntos en pie de lucha contra el régimen actual. Los descendientes de los mayas-quichés, explotados, reprimidos y discriminados durante más de cuatro siglos, después de centenares de rebeliones y motines locales que no tuvieron una perspectiva clara y fueron despiadadamente aplastados, se han alzado hoy para luchar por objetivos revolucionarios claramente definidos. Esto constituye el dato fundamental de la historia actual de Guatemala. Es la primera vez que los indígenas se adhieren plenamente a un proyecto político, revolucionario que contiene sus reivindicaciones más sentidas. Los indígenas no sólo están impulsando la Guerra Popular Revolucionaria, sino que están ocupando en ella el lugar principal que les corresponde. Son los combatientes y los cuadros guerrilleros de las organizaciones revolucionarias. Es su incorporación lo que ha permitido el desarrollo de las concepciones, los métodos, las formas de organización de la lucha revolucionaria. Es su espíritu combativo lo que ha dado por resultado el crecimiento masivo de las organizaciones populares y revolucionarias. Los indígenas están luchando en sus poblados, en las fincas, en las montañas, cumpliendo las tareas de la guerra conjuntamente con compañeros ladinos. Las acciones militares que están causando constantes y numerosas bajas al ejército y otros cuerpos represivos, las emboscadas, tomas de rublos y fincas, los ataques a puestos enemigos son llevados a cabo por unidades guerrilleras integradas fundamentalmente por indígenas, apoyadas por la población indígena de las zonas que operan. Esta presencia indígena en la Guerra Popular Revolucionaria —en todas sus formas de lucha— es un hecho político y militar que el actual gobierno incapaz, corrupto y asesino, ya no puede negar ni contener. Entender esta particularidad del proceso revolucionario guatemalteco es fundamental para captar cabalmente la magnitud y la profundidad de la transformación revolucionaria que vive Guatemala.

El sistema aprovecha y reproduce hoy la discriminación contra los indios que los explotadores de otros tiempos practicaron e impusieron al conjunto de la población como ideología dominante. Se mantiene la idea de la inferioridad del indio para dividir y enfrentar a los trabajadores indios y ladinos, y para perpetuar entre los indígenas una actitud sumisa y resignada. Por eso, la eliminación de la opresión cultural es un objetivo central de la revolución y es posible sólo en el marco del proceso

revolucionario. La revolución guatemalteca solucionará el doble problema de la explotación y la opresión cultural que sufren los grupos étnicos, o no será una verdadera revolución.

De hecho, el principio de la solución se da ya en la lucha revolucionaria que une a los trabajadores indios y ladinos en torno a los mismos objetivos y los enfrenta al mismo enemigo. Y es en el curso de la lucha revolucionaria que los grupos étnicos indígenas recuperan y desarrollan una identidad propia, la de indios revolucionarios, hermanados en la guerra con los demás indios y ladinos pobres que construirán la nueva sociedad.